



**INTERVENCIÓN DE ISABEL DÍAZ AYUSO,
PRESIDENTA DE LA COMUNIDAD DE MADRID, CON MOTIVO DE LA
CELEBRACIÓN DEL DÍA DE LA CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA**

Real Casa de Correos, 5 de diciembre de 2025

Hoy celebramos el cuadragésimo séptimo aniversario de la Constitución española, que nos ha garantizado casi medio siglo de concordia, de prosperidad y una vida pacífica en común.

Nuestra Carta Magna de 1978 es el texto más importante de cuantos hemos aprobado en nuestra Historia reciente. La Constitución española estableció las bases que ordenarían nuestro modo de vivir en una sociedad libre, justa, plural, y que nos iguala en derechos y en oportunidades ante la Ley.

Que nos trajo plenos derechos, unidad y libertad.

Gracias a nuestra Constitución hemos llegado hasta aquí. Hemos vivido en una democracia sólida y duradera que ansiaban quienes, aun pensando diferente, se propusieron redactar juntos un marco de convivencia, anteponiendo el bien común de la sociedad española a sus intereses particulares.

Que personas de pensamiento y procedencia tan diferentes fueran capaces de sellar un acuerdo de estas características sólo fue posible porque se dieron tres circunstancias:

La necesidad de mirar hacia adelante, la voluntad de aceptar al otro, y la confianza en un futuro mejor. Para que la Constitución no fuera de nadie en particular sino de todos en general.



Que no podía gustar a todos al completo porque todos tenían que dar su brazo a torcer. Y que dejaba la puerta abierta a que aquello que no estuviera escrito, se plasmara a través de desarrollo normativo redactado desde la buena fe y el respeto por los principios fundacionales de la Constitución.

Por eso, en primer lugar, agradezco las palabras de Mariló Montero y de Tomás Páramo, quienes, en representación de la sociedad civil, y del periodismo libre, sino no es periodismo, han subrayado la importancia de esa necesaria convivencia en libertad.

Que es imprescindible trasladar cada día a los españoles, puesto que la concordia, como la Constitución, se ratifican cada día a través de su cumplimiento, pero se pueden perder de un día para otro. Que lo fácil es derruir, lo difícil es construir.

Quienes hemos nacido en democracia damos por sentados muchos derechos que antes fueron conquistas que costaron mucho.

Como la Transición, que no fue accidental. El abrazo fraternal de los españoles fue el grito de una sociedad que rogaba no volver a los bandos, el agravio y a la sospecha. Sin vencedores ni vencidos.

Ni tampoco a la desunión de los demócratas ante amenazas como la del terrorismo.

Porque los españoles, con o sin bandos, porque muchos no querían ninguno, con o sin ideología, porque muchos no quieren vivir bajo ellas, lo que sí querían era vivir en paz, sin miedo, sin ira.

En este aniversario de este referéndum que contó con el apoyo del 88% de los españoles, quiero dirigirme especialmente a los hijos de la Transición.



A los que tienen 47 años o menos.

A los que hemos nacido con un contrato nacional bajo el brazo.

Los que quizá no somos plenamente conscientes de la suerte que tenemos.

Porque vivimos en un país por el que muchos aventuran la vida y dejan atrás sus familias y su tierra para ser parte de él.

Porque recuperamos nuestra condición de europeos mediante nuestra adhesión a la Unión Europea. Un pasaporte que nos otorga otros tantos derechos que no pueden disfrutar todos los hombres de la tierra.

Ciudadanos a los dos lados del Atlántico, que, sin la labor de miles de funcionarios, los poderes del Estado, los mejores al frente de instituciones robustas y el verdadero protagonista: el pueblo español, nada de lo que tenemos sería posible.

Hoy pedimos que nada nos rompa de nuevo. Juntos hemos hecho cosas increíbles. ¿A dónde vamos partidos? ¿A qué nación le ha ido mejor así?

¿En qué momento se han empezado a fabricar esas pasiones de invernadero que se cultivan para que quienes no han vivido la España de bandos sientan una necesidad identitaria y de combate contra otro?

¿Cómo hemos empezado a sospechar de escritores, periodistas, artistas, jueces, fiscales y tienen o no presunción de veracidad o inocencia, o son culpables por el hecho de ser de un bando?



¿Cuándo hemos hecho norma el “este es de los míos” o “este es de los otros”?

Nos habíamos acostumbrado, algo incomprensible, a que en algunas zonas de España el a quién se vota o por qué partido se presenta uno, pesa y es motivo de aislamiento, descrédito y cancelación.

Pero, como era de esperar por no hacer lo correcto, a tiempo, estos males están llegando a España entera. Y lo peor: los están asimilando las nuevas generaciones.

Cuestionarse qué somos, dónde vamos como Nación, qué hemos sido, es pura biografía, y eso es normal.

Lo que nos enferma es alimentar lo que nos odia y nos empequeñece. Algo que, desde hace tiempo, desde dentro de España y en colaboración con quienes la detestan desde fuera, ante los ojos del mundo, estamos haciendo y esto nos aísla.

Hemos sido una Nación sin la que la historia no se entendería. Una Nación alegre, viva, quijotesca, generosa, valiente, brava. Que se echaba a los mares a conquistar nuevos mundos y ensanchar Occidente a través de valores cristianos, se fuera o no creyente, universidad y Estado de Derecho. Porque somos hijos de Roma, de Gracia. Una Nación entregada como lo son hoy nuestros militares en misiones para preservar la paz y proteger al débil por todo el mundo.

Los españoles hemos sido los que partíamos sin preguntarse si íbamos volver o cómo. Porque hemos estado donde se nos necesitaba, donde podemos aportar un proyecto o una buena idea, sin dudarlo.

Somos maravillosamente diferentes y a la vez, tremendamente parecidos.

Porque la vida a la catalana, a la andaluza o a la madrileña es distinta. Pero no lo es nuestra forma de estar en el mundo, de celebrar, de contar con el otro, de estremecernos juntos ante el duelo o las injusticias.

Somos una península de corrientes, mestiza, profundamente rica en contrastes. Todo, mezclado entre los de dentro y los que nos han civilizado previamente. Una herencia que después hemos compartido por el mundo y que hoy une a 600 millones de almas.

Esta forma de ser tan nuestra, tan española, es querida y, sobre todo, es admirada, aunque también, en ocasiones, sea envidiada.

No tiene sentido que seamos nosotros mismos quienes, por comodidad, por desconocimiento o egoísmo, nos transformemos en lo que no somos al pequeño gusto de un grupo minoritario de resentidos que jamás se van a contentar.

Porque es faltar a la verdad y son ganas de perderse.

La España de hoy tiene otros desafíos y deberes aparte de conocerse y quererse más.

Por un lado, no hemos dejado de crecer demográficamente y de ganar años a la vida, mientras nos van faltando niños. Envejecemos como país.

Defender la vida desde el primer minuto hasta el último suspiro, es un derecho de nuestra herencia occidental.



Como lo son otros derechos que ganamos con la Constitución, como nuestro Estado social que compromete a garantizar vivienda, salud y Seguridad Social.

Y este reto ante el envejecimiento, la supervivencia de la vida en el campo, la falta de vivienda, la competitividad de la empresa o la falta de médicos y enfermeras, forma parte de la vida de millones de europeos y también de españoles.

La Comunidad de Madrid tenía cuatro millones y medio de personas en 1978. Hoy somos más de siete.

¿Cuánto más creceremos? ¿Cómo asegurar que ese crecimiento será equilibrado? ¿Cómo no perder nuestro carácter popular, abierto, integrador? ¿Qué futuro nos deparará la Inteligencia Artificial y cómo incorporarla al servicio público y a nuestras vidas sin devorarnos?

La vida es azar, aventura y riesgo. Son muchos los desafíos que tenemos por delante. Y hay que afrontarlos, sin miedo.

Pero tenemos claro que no queremos cambiar nuestra vida madrileña. Porque lo que le ocurra al otro nos importa, y queremos que nuestros barrios y municipios sigan siendo familiares, donde nos encontremos en sus plazas y nos mezclamos y charlemos en sus comercios, en sus tiendas, en sus restaurantes, en sus bares, sin importar ni edad ni condición. Y esto es algo que también nos hace únicos.

El reto de la vivienda, nuestra prioridad, sólo puede abordarse desde la libertad y la confianza. Por eso hemos presentado diferentes planes que permitan que se construya al ritmo que lo hace la población. Y no pararemos hasta equilibrarlo.



Libertad también para que las trabas burocráticas y fiscales no respondan a capricho ni sean un arma política confiscatoria. Claro que hay que pagar impuestos y claro que tiene que haber burocracia. Pero tienen que ser justos y adecuados, para que jóvenes, mayores, ciudadanos de toda condición, puedan comprar, vender, alquilar, contratar, hipotecarse. En definitiva: confiar.

Para que los salarios crezcan de una vez en España, que también están estancados y abducidos hoy por la factura fiscal. Lo que nos está haciendo perder talento a raudales.

Libertad para que quien tenga un negocio exitoso no sea perseguido. Parece que, si va bien, el éxito se persigue y es sospechoso. Ni que los males de unos ciudadanos encuentren las culpas en los otros, bajo una pretendida lucha de clases tan impropia de España. A veces, por inacción de las administraciones, que son las que han de garantizar esa igualdad de oportunidades.

Libertad para crear (o no) una familia. Como uno quiera. Para elegir dónde residir, dónde trabajar y con quién hacerlo. Libertad de conciencia; de expresión ante la verdad; libertad de culto; para pleitear en caso de disconformidad; para manifestarse; para pensar diferente; para no tener que recordar por Ley; ni opinar de determinada manera para ser premiado; ni tener que pedir perdón para ser según el libro de otros.

¿Libertad para qué? Para vivir.

Desde esta región salerosa, que está atravesando uno de los mejores momentos de su historia, queremos reafirmar nuestro compromiso con la libertad, con España y con nuestro ser hispanoamericano.



El que nos conecta con Neruda, Lorca, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa o don Alfonso Ussía, quien tristemente nos ha dejado hoy y a quien vamos a echar tanto de menos.

En Madrid no hay maquetos, ni charnegos, ni panchitos.

Somos madrileños de Galicia, de Valencia, de Venezuela. Como siempre ha sido así a lo largo de los siglos, somos un cruce de caminos que no inventamos los que estamos aquí. Sólo nos comprometemos a no transformar una herencia para empequeñecerla a nuestra conveniencia.

Cuando hablamos de libertad también hemos de hablar de responsabilidad. De derechos y obligaciones.

Como la del trabajo hecho con esmero, el deber de cumplir un buen servicio, y el respeto por las normas dadas.

De cuidar con decoro las instituciones, los poderes del Estado y la labor de sus funcionarios. Su no instrumentalización, puesto que son de todos, y la asunción de que la alternancia política ha de darse bajo unas mismas reglas del juego, que son sagradas.

De valorar como se merece el servicio de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado y del Ejército español.

De maestros y profesores, cuya labor es cada vez más difícil.

De médicos, bomberos y todos aquellos que anteponen su vida por la nuestra.



Obligación de respetar las sentencias, los artículos de opinión o los artistas, nos gusten o no. Porque los premios y las ayudas no pueden tasarse ideológicamente.

Como es obligatorio y necesario respetar la propiedad, la empresa y el esfuerzo del contribuyente, hoy cada vez más asfixiado.

Es obligación de todos cuidar unos servicios públicos de la máxima calidad y el gasto público, pues recaudar es lo fácil, lo difícil es gestionar.

Porque los que están por venir van a ver hipotecado su futuro a manos de decisiones que nunca tomaron. Y no puede haber algo más injusto.

Servicio público donde destaca la Sanidad, la de Madrid, una de las mejores del mundo en una de las regiones con mayor esperanza de vida. Gracias a sus profesionales, al sistema que nos hemos dado en esta región, es reconocida en todas partes. Y esto se tiene que gestionar bajo la batuta de la administración pública.

Para que nadie se quede sin atender en las puertas de un hospital, para que todos seamos atendidos en igualdad de condiciones sin una Visa por delante. Abriendo el sistema a España entera, atendiendo aquí de manera generosa a quien lo necesite. Como siempre ha hecho Madrid. Porque para eso también somos región capital.

Por eso, quiero aprovechar para dejar claro que cualquier mala práctica será erradicada con contundencia. Que, con la información necesaria en la mano, sin contemplaciones, pero con responsabilidad y coherencia, actuaremos ahora y siempre en defensa de nuestro sistema sanitario y sus protagonistas: los madrileños.



Tenemos unos grandes profesionales como sucede en el Hospital de Torrejón, para quienes pido la máxima confianza. Y ni ellos ni ningún paciente será tratado de una u otra manera por ningún motivo, ni por negocios ni por ningún otro interés.

Esto es algo de lo que siempre nos hemos ocupado y no dudaremos, llegado el caso, en actuar con contundencia, desde la Comunidad de Madrid.

Porque somos libres y solo nos debemos a Madrid, a la salud y a la vida.

Tenemos la obligación de no dejar a nadie atrás: a la infancia. Veíamos a nuestros maravillosos niños del Coro, que van a heredar una España de manera inocente, la que nosotros les dejemos. A los mayores, a la discapacidad, al que no tiene recursos, al que lo ha perdido todo. A quien le va bien y también cuenta. No siempre le tiene que ir mal para contar para la Administración y para el Gobierno.

Sólo siendo iguales en derechos y obligaciones seremos realmente libres.

Que pelear juntos merezca siempre la pena.

En definitiva:

No permitamos que el interés particular eche por tierra todo lo logrado en estos 47 años.

Que la llamada “dictadura de las minorías” desbarate nuestro futuro en común.



No se puede mirar para otro lado, huir de los problemas ni dejar que los solucionen otros.

Hemos de dar nuestra mejor versión cada uno desde su posición. Para que no nos acostumbremos a que todo vale o a que otros son peores y “total, qué más da”, bajo el terrible individualismo. No hay nada menos español que eso. A quemar las naves de manera cortoplacista.

Hemos llegado hasta aquí porque hace medio siglo, con determinación, inteligencia, generosidad y prudencia, de la Ley a la Ley, España fue devuelta a todos los españoles.

Una lección que hoy se sigue estudiando con admiración y que los jóvenes tienen derecho a recibir.

En muy poco tiempo se legalizaron los partidos políticos, se articuló la libertad sindical, la igualdad de la mujer en el trabajo, la familia y la política, el pluralismo político, el sufragio universal, libre y periódico, la libertad religiosa, la tutela judicial efectiva, la presunción de inocencia, se construyeron instituciones admiradas en todo el mundo, se prohibieron la pena de muerte, las torturas y los tratos inhumanos.

Nos dimos como modelo un Estado social y democrático de Derecho, cuyo poder recae en la soberanía nacional, en el pueblo español, bajo la Monarquía parlamentaria como mejor forma política para España, capitaneada por un Jefe del Estado, nuestro Rey, que, para suerte de todos, está dónde y cuándo se le necesita, como vimos en la DANA o cualquier otra catástrofe, ante amenazas independentistas como sucedió ante el referéndum ilegal en Cataluña, o de quienes quieren minar nuestro orden constitucional.

Cualquier tropiezo pudo hacer saltar por los aires aquel momento trascendental de nuestra Historia y llevarnos a un periodo



de oscuridad y aislamiento cuyas consecuencias todavía hoy estaríamos pagando.

Pero esto no sucedió. Antes, el Rey Juan Carlos, y hoy, el Rey Felipe VI nos invita, 50 años después, “a seguir caminando juntos y lo hace en todos sus discursos y actuaciones.

Escribió Juan Manuel de Prada: “el ordenamiento jurídico se sostiene sobre una paradoja. Por un lado, ampara la difusión de ideas separatistas; y, por otro, arbitra normas legales que impiden que tales ideas puedan hacerse realidad”.

En esto se basa nuestra Constitución: en la confianza.

Que nadie se aproveche de esta característica, ni de su buena fe, para minarla desde dentro.

Un año más, y con esto termino, hemos preparado este acto con esmero, ilusión, pensando en todos.

Quiero agradecer nuevamente la intervención de Mariló Montero y Tomás Páramo, así como la del pianista Jorge Bedoya, el Coro de Niños de la Comunidad de Madrid y a continuación a Malú.

Han pasado 47 años desde que se aprobara nuestra Constitución y lo cierto es que la mayor parte de los más de 49 millones de españoles que conformamos esta Nación nacimos ya bajo su atenta mirada.

Eso significa que hoy somos más los que no hemos conocido una España con Constitución.



Por eso debemos celebrarla cada año, sancionarla día a día, para poder darla en herencia en plena forma a las siguientes generaciones. Para que entiendan su valor, la honren y la defiendan como lo hicieron las anteriores. Muchas, dando todo lo que tenían. Empezando por las ganas de vivir en una España mejor.

Tengamos la humildad de aprender de ellos. Quienes nos advierten de que mucho de lo que hoy ven y oyen, les preocupa y les recuerda algo que nunca quisieron vivir.

Repitámoslo una y mil veces: la unión nos hace más fuertes, unidad más uniformidad.

España ya ha sufrido suficiente por culpa de divisiones y enfrentamientos.

¿Qué tal si emprendemos el camino que reinicie esta gran Nación y volvemos a casarnos con los mejores episodios de nuestra Historia?

Que no sea por nosotros.

Digan conmigo:

¡Viva la Constitución!

¡Viva el Rey!

¡Viva España!